NOCHE PARA ESTAR SOLO

POR

MEDARDO FRAILE

DESPUÉS DEL ÚLTIMO *beso, carnoso y suave, de la despedida, subió, sudando, las escaleras hasta su cuarto. Gozoso, desnudó su cuerpo y se metió en la ducha. El patio estaba caliente y limitaba abajo con una luz eléctrica y arriba con una estrella. Detrás de la ventana encendida se movía un cuerpo cálido y elástico. La casa estaba sola, en silencio. El agua resultaba templada a fuerza de atravesar la tarde y traía como voces de niños y ecos amorosos de entre los pinos. Salió del agua, secó su cuerpo con ligereza y sacó de un armario un pijama de hilo. La luz parecía una tela de araña, gris y lenta, que se iba apoderando del piso. Sonaba, por detrás de las casas, una musiquilla punzante y golfa que se marchaba y volvía caracoleando. En la mesa del despacho había una carta. Se sentó frente al ventanal, de cara a las fachadas de las otras casas. Se fijó en el esquinazo de la de enfrente. Ahora no, pero allí las tardes, en su declive, se hacían de un amarillo rojizo, carnoso y dulce como la pulpa de un melón otoñal. La carta estaba allí, sobre la mesa. La cogió, olfateó el sobre y se fijó en una letra con la tinta corrida por el agua. Por el agua del mar, pensó. Era la letra de su hermana. "Querido hijo..." Todos estarían bien y contentos de poder enviarle besos, consejos y recuerdos. Pero él ahora, con la casa vacía, era feliz. No abrió la carta. Le pareció un sobre demasiado normal. Y la habían escrito los enemigos de Sara.*

Sara, esa tarde, le pareció única. Mostró una madurez en el misterio unida a una voluntariosa desgana, a una rara sazón en la esperanza y el amor que había dejado el aire de la tarde como olvidado y suspenso. ¿Por qué tenían las personas mayores tanto miedo a la rotundidad de unos labios, a los movimientos libres, a la gracia natural y sin trabas? Abrió la carta, de pronto. Era el tipo de carta de todos los veranos. "Deseamos que estés bien." "Queremos que estudies mucho y puedas reunirte con nosotros pronto." "No te distraigas. Esto sobre todo: no te distraigas. Tu padre recomienda que te lo digamos. El, cuando venga, te escribirá un poco." Y Mari, su hermana, decía lo mismo, añadiendo algo sobre el paisaje y los chicos. Y el padre, luego, más o menos igual,

en un tono más serio. No se atrevían a decir su nombre: Sara. Como si no estuviese impregnado de un recio aroma, como si no fuera de los primeros nombres que Dios amó.

Entró por la ventana un olorcillo fresco, a macetas regadas. Se asomó. Había pereza a encender las luces en la casa de enfrente. Se encendieron dos a un tiempo, como si la casa abriera los ojos o como si la noche hubiera despertado. Una muchacha morena atravesó, atareada, una de las habitaciones encendidas. Iba con ropa blanca. Las ventanas respiraban abiertas. Lloraba un niño. A veces subían de la calle palabras enteras que el aire quieto dejaba elevarse sin rozarlas siquiera. Eran de críos que jugaban abajo.

Se levantó. No sabía si escribirle a Sara una carta. Por la tarde habían dicho con imprecisión palabras que convenía atar, estrujar, hasta que gotearan todo su contenido o se cambiaran por otras. Era difícil amar; tan difícil, que exigía todo el tiempo; trataba hora por hora de rescatar el pasado y apremiaba sus frutos al futuro. Hizo balance de las horas pasadas. Habían sido verdad. Hubo, sobre todo, entrega, buen humor, sueños. Eso que llaman sueños los mayores, que por las noches sueñan con miedo. No le escribiría. La noche, tan nueva, era un paladar enjoyado y enorme donde podía cada cual, con precisión y belleza, saborear recuerdos. Sobre todo los que aún laten en la sangre, los que están de nosotros a una distancia de muy pocos minutos. Y, además, de la noche todo se podía sospechar. Que el mar estuviera cerca, que nos llegaran su olor y sus voces y un barco nos esperase para un largo viaje, que hubiéramos cambiado de ciudad, que las gentes no trabajasen nunca, que todo fuera un jardín oscuro y profundo en el que Dios pensara comenzar de nuevo la historia del hombre.

La luna, que había sido como un presentimiento, comenzó a desligarse de la tierra, lenta y hermosa. Era redonda, enorme; parecía haber superado el peso de otros años, como si en ese día que terminaba ella hubiera tomado un exceso de arroz con leche o se hubiera sentido plenamente feliz. O como si volviese alegre de la modista o de incubar—madura y ancha—lunas pequeñas.

Tres luces se encendieron en la casa de enfrente. Dos de ellas hacían daño a la vista, quebraban un poco la noche, daban a los cuartos la claridad alarmante de los quirófanos. La otra era consoladora, suave, hermana de la sombra. Sara estaba en aquella blancura y plenitud lunar y estaba también en esa luz de enfrente, acariciante y queda. Había entrado una mujer allí y había murmurado algo que la noche había esparcido como un aroma. Se había sentado. Tenía un regazo honesto, dulce. Miraba, distraída, una revista

grande de papel crujiente—que brillaba suave, como unas uñas, bajo la luz—y de colores vivos. A estar así, con un tiempo a la espalda de reloj pequeño, con naturalidad y dominio de las cosas, era a lo que se llamaba intimidad. Había, sin duda, otra intimidad más profunda que podía o no exteriorizarse, y de la que esa de enfrente era sólo una manifestación. Pero, eso sí, una manifestación importante. Y además hembra. ¿Cómo le gustarían las habitaciones a Sara? No habían hablado nunca sobre ello. ¿Por qué?

En su misma casa, a la derecha, se cerró con estrépito una persiana. ¿Qué le pasaba a don Pablo? Ahora también, como él, estaba solo. Su hijo, su nuera, sus nietos, se habían marchado y le habían dejado allí custodiando las perras, rumiando los mismos números que le dieron poder años atrás, con su invariable pantalón claro y su americana de sport, *que parecía una holgada funda para su pipa. Don Pablo había cerrado bruscamente, con ira, su ventana a la noche. Pero ¿es que para esta gente del dinero había noches y días, luna y estrellas, sensaciones vagas, horas en blanco? Sin embargo, era evidente que don Pablo en el cuarto de al lado había emitido cierto gemido quizá impregnado de melancolía. No estaba en consonancia ese gemido con el brusco cierre de la ventana. ¿Estaría don Pablo llorando? ¿Le haría daño la luz sugeridora de la luna, el aroma tierno de la noche, el guiño de una estrella que tuviera para él fecha y nombre? A Sara, hablando, a veces, se lo había puesto como ejemplo de signo negativo. Era un viejo acostumbrado al ceño adusto que, en la escalera, calibraba el saludo, con las manos en garra sobre el bastón. ¿Cuántas veces en su vida se habría encerrado así, bruscamente, en la noche concreta de una habitación, para no sentir algo hermoso que le avasallara, para no sentir ese gusano de espíritu que inquieta y roe de cosas inefables? Se le ocurrió una idea franciscana y un tanto divertida. Llegó a su habitación y cogió un libro. Volvió y dió con los nudillos un golpe claro y escueto en la pared que separaba su cuarto del de don Pablo. Con voz amorosa, como si estuviera escuchándole Sara, recitó en alto:*

En efímeros pitos
de lirio, ibas silbando
estribillos alegres
por los campos tempranos.
Te comías las rosas,
sorbías el helor duro y nevado
del breve guijo del arroyo;
parabas la corriente, cada pie en una orilla,
con tus manos.

¡Lucero, flor de almendro,
nardo vibrante y casto,
que colgaste mi alma
con la ternura de tus brazos blancos!

Sara, cuando lo supiera, se reiría mucho. Y en el cuarto de al lado habían acusado los versos: se oyó arrastrar una silla y un bisbiseo breve como si empezaran una oración. ¿Qué pensaría don Pablo de los pitos de lirio—sí, de los pitos de lirio—, de las flores de almendro, de los nardos vibrantes y castos? Para él serían estas cosas como hablar en bantú.

De nuevo se acercó al ventanal. La noche ya estaba como una verbena, llena de luces, con algún humo leve y algún olorcillo a guiso. Había gentes cenando, sin prisas, y otras fumando en reposo junto a las ventanas, esperando, con la nariz abierta, la hora del descanso. La luna, por fin, estaba alta y se derramaba, clueca, por todos los rincones. Se oían, en las radios, musiquillas de París, de Roma, de Palencia. El camino de Santiago tenía una gran noche, lleno de luminarias y de velos.

Respiró hondo. Se sentía feliz, profundamente. No estaba solo. Pensaba en Sara. Deseaba escudriñar sus fotos. Cruzó las piernas, hizo gimnasia, dió saltos elásticos en el pasillo, cambió de asiento varias veces. Subrayó en su agenda aquella noche—25 de julio—en lápiz rojo. La noche, en su comienzo, no era nada especial. Pero luego se llenó de sugerencias gratas, de claros caminos hacia los días venideros. Noche de esperanza. Noche cálida entretejida, enmarañada casi, con raudas venas de amor. ¡Si hasta don Pablo había suspirado!

No quería ver a nadie aquella noche. En una cuartilla escribió: "Llévese lo que traiga. He cenado ya. Volveré tarde." Felisa estaba a punto de subir con la cena. Clavó el papel en la puerta del piso. Y se acostó. Quiso descargar un poco su conciencia, y en la cama, preocupado, le dió un vistazo a la Gramática Latina. Los verbos deponentes son los que no amoldan su significación a la forma. Estos verbos, mejor que deponentes, en el sentido de que deponen o pierden una de las voces, deberían llamarse verbos medios o reflexivos. *Deberían llamarse verbos medios o reflexivos.* Los verbos deponentes, atendida la significación, se dividen en tres clases, a saber: activos, pasivos y semideponentes. *¡Bueno! Le pareció que estos verbos deponentes andaban con muchos tiquismiquis. Y notó de pronto que estaba cansado, mucho, y se durmió.*

Al día siguiente se enteró, como todos los vecinos. Hubo primero

un grito, luego voces, luego una charla apresurada, confusa, en la escalera. Lo descubrió Felisa. A don Pablo le habían robado, y no sólo le habían robado: se lo habían cargado en su mismísimo cuarto. Pensó, con el pulso acelerado, en el brusco cierre de la ventana, en el gemido tristón y, sobre todo, en aquel golpe inocente en la pared y en los versos con que había él acunado poéticamente el asesinato del pobre don Pablo. Y en la silla que habían arrastrado y en ese bisbiseo que se oyó de pronto. Sintió pena; pena y congoja. Había sido completa aquella muerte. Unos hombres machacaban su cuerpo y él, mientras, en el cuarto de al lado, machacaba sin caridad su alma. No era sólo de amor aquel animal manso de la noche, grande y fantástico; aquella noche que había rayado él con lápiz rojo en su agenda. Pero era demasiado lo ocurrido para pensarlo, para sentirlo a solas. Y se fué a ver a Sara, corriendo, a contárselo.

Medardo Fraile.
Altamirano, 17.
MADRID.